

CIENCIA FICCION SELECCION 33



En esta selección se incluye *Los asutra*, de Jack Vance, la tercera y última novela de la trilogía de Durdane o del Anomo. Tanto *Los asutra* como las otras dos novelas del ciclo (*El hombre sin rostro*, Ciencia ficción 21, y *Los Valerosos Hombres Libres*, Ciencia ficción 29) constituyen bloques narrativos autónomos y admiten lecturas independientes, si bien el escenario cósmico y los protagonistas son los mismos.

Este es el quinto volumen que dedicamos a Vance, el maestro indiscutido de la ciencia ficción exótica y aventurosa, pues aparte de las citadas novelas hemos publicado también sus mejores novelas cortas (seleccionadas por el propio autor) en dos antologías: *Lo mejor de Jack Vance* (Libro Amigo 516) y *Estación de Abercrombie* (Libro Amigo 547).

Completan la selección sendos relatos de Fritz Leiber y Edward Wellen, como de costumbre procedentes de la prestigiosa revista estadounidense *The Magazine of Fantasy and Science Fiction*, considerada como la mejor del mundo en su género.

Contenido

Presentación: *El fin de un ciclo*, Carlo Frabetti.

Los asutra (The Asutra), Jack Vance, 1973.

Los comedores de lotos (The Lotus Eaters), Fritz Leiber, 1972.

Los androides no lloran (Androids Don't Cry), Edward Wellen, 1973.

PRESENTACIÓN

El fin de un ciclo

Con Los asutra termina el ciclo de Durdane —o del Anomo— de Jack Vance. Las tres novelas que lo integran (El Hombre sin Rostro, Ciencia ficción 21, y Los Valerosos Hombres Libres, Ciencia ficción 29, además de Los asutra) constituyen bloques narrativos bien delimitados y admiten lecturas independientes, si bien el escenario general y los protagonistas son los mismos.

Este es, por otra parte, el quinto volumen que dedicamos a Vance, pues aparte de las citadas novelas hemos publicado también sus seis mejores novelas cortas (seleccionadas por el propio autor) en dos antologías: Lo mejor de Jack Vance (Libro Amigo 516) y La estación de Abercrombie (Libro Amigo 547).

Los asutra es probablemente la mejor novela de la trilogía, y una de las obras más logradas del autor. La peculiar habilidad de Vance para evocar ambientes y situaciones de una sutil extrañeza se complementa aquí con la cuidada definición de unos personajes complejos y enigmáticos —sobre todo el protagonista Etzwane y el terrestre Ifness—, sumidos en un aura de inaprensible melancolía muy parecida a la que rodea a los personajes kafkianos.

Para quien no haya leído las dos primeras novelas de la trilogía, se incluye una sinopsis realizada por el propio au-

tor, que ayudará al lector a situarse en el lugar y el momento de la saga de Etwane.

Pero para situarse en la remota psicología de los personajes, en la peculiar tensión de las situaciones, en los casi surrealistas paisajes anímicos evocados, el lector no contará con ayuda alguna. Como el del propio Etwane, su «viaje» será una experiencia desconcertante y solitaria.

CARLO FRABETTI

LOS ASUTRA

Jack Vance

Sinopsis de los libros I y II

El mundo Durdane está más allá del trémulo muro de estrellas conocido como Schiafarilla Cluster. Los habitantes de Durdane han perdido contacto, desde hace mucho tiempo, con los mundos de la Tierra y están sólo vagamente al tanto de que puedan existir otros lugares humanos.

Durdane es un planeta grande. Su enorme territorio Caraz está habitado sólo por unos pocos bárbaros. Al este de Caraz hay un segundo continente más pequeño, integrado por Shant al norte, Palasedra al sur y el Gran Pantano de Sal en el medio.

Shant, que es la región más civilizada de Durdane, es una confederación de 62 cantones gobernados por un solo hombre, el Anomo (u Hombre sin Rostro), cuya identidad es conocida solamente por sí mismo. Todo ciudadano de Shant lleva un collar, que contiene una carga de dexax, que el Anomo puede hacer explotar, si quiere, por medio de un impulso codificado de ondas de radio. Esta posibilidad suya, junto al incógnito, da al Anomo su autoridad indiscutida.

En el centro de Shant están las montañas Hwan, territorio de una especie misteriosa y semihumana conocida como roguskhoi. Periódicamente éstos salen a saquear, matar y capturar. Su lujuria es insaciable: pueden dejar embarazadas a mujeres de cualquier edad con homúnculos pequeñísimos, que rápidamente crecen y aumentan las hordas de roguskhoi.

Los roguskhoi son un motivo de terror y de perplejidad. ¿Cuál fue su origen? ¿Quién los llevó a Shant y para qué? Mucha gente sospecha de Palasedra, pero no hay pruebas claras que sustenten esa opinión. Otras preguntas son tan misteriosas como el resto. ¿Por qué Anomo ignora a esas

horrendas criaturas? ¿Por qué transige? ¿Por qué no ha tomado una acción decisiva contra los roguskhoi?

Gastel Etwane, músico, con Ifness, miembro del Instituto Histórico de la Tierra, intentan contestar esas preguntas. A través de una serie de hechos decisivos Etwane se convierte en Anomo y apresa a su antecesor, Sajarano de Sershan. Ifness ha olvidado, sin embargo, la primera regla de su Instituto: un Miembro no debe interferir en los asuntos del mundo que estudia. A Ifness se le pide que abandone Durdane, y así Etwane debe afrontar una tremenda carga de responsabilidades.

Etwane interroga largamente a Sajarano; éste se rehúsa a justificar su peculiar apatía, excepto para señalar que los roguskhoi no son en verdad una gran amenaza y que el esfuerzo que requeriría derrotarlos no sería proporcionado a los beneficios que pueda reportar la interrupción de sus saqueos.

Etwane rechaza tales argumentaciones como irreales y decreta la guerra, movilizando a los cantones de Shant. Pero, como Sajarano había pronosticado, la gente de Shant responde en forma indolente; durante demasiado tiempo se había confiado a la omnipotencia del Anomo.

El Discriminador Jefe (es decir, el director de la policía secreta) es Aun Sharah, un hombre refinado y astuto de quien Etwane desconfía. Etwane desplaza a Aun Sharah de su alto puesto y lo designa Director de Obtención de Materiales, para el disgusto de Aun Sharah.

Shant tiene una provisión deficiente de metales. Los técnicos no pueden fabricar ni armas energéticas ni maquinaria de propulsión. Los viajes se hacen a pie, o por carro de mano, o por medio de globos que atraviesan Shant a lo largo y a lo ancho, enlazados por cables que corren a lo largo de hendeduras. En cierta época Etwane sirvió como trabajador en el servicio de globos, pero escapó en el Cruce Angwin, con la ayuda involuntaria de un tal Jerd Finnerack. Etwane recuerda a Finnerack como una persona leal,

en quien se podía confiar, y descubre con desaliento que Finnerack ha sido enviado al odiado Campo Tres, para opositores recalcitrantes, en el cantón Glaiy.

Etwane rescata a Jerd Finnerack, pero descubre que la persona excelente del Cruce Angwin se ha convertido en un hombre amargado, que alienta un rencor tremendo contra el sistema que le ocasionó tanto sufrimiento. Finnerack accede sin entusiasmo a convertirse en el segundo de Etwane. Asimismo Etwane recluta para su servicio a Dystar, que es un músico distinguido, y a Mialambre:Octagon, un jurista más bien pedante. Dystar es el padre de Etwane, pero Dystar mismo ignora esa relación.

Hechos inexplicables ocurren entonces. Sajarano de Sershan desaparece del palacio y su cadáver es hallado en un bosque cercano. Etwane queda afectado y deprimido por la muerte de Sajarano. Entretanto las depredaciones de los roguskhoi son más y más destructivas. La nueva milicia les presenta batalla, pero como carece de armas adecuadas sufre una serie de derrotas desmoralizantes.

Sin embargo, en Garwiy los técnicos han creado una nueva arma de energía, que confían habrá de decidir la batalla contra los roguskhoi. Etwane toma una decisión difícil pero necesaria: la producción de collares explosivos deberá ser interrumpida para facilitar la construcción de las nuevas armas. Es una decisión de largo alcance, que preocupa a los integrantes más conservadores de su equipo. Pero antes de que las armas puedan ser entregadas en cantidades adecuadas, los roguskhoi lanzan ataques masivos contra los cantones de la costa Norte.

Los roguskhoi sufren su primera derrota. La satisfacción de Etwane queda manchada por la casi certeza de que alguien entre sus íntimos es un traidor, que por razones difíciles de suponer intriga para la derrota de Shant. ¿Puede ser Dystar? ¿Finnerack? ¿Aun Sharah? ¿Mialambre? Solamente Aun Sharah dio a Etwane algún motivo de sospecha, y buena parte de ella es sólo la consecuencia de la personali-

dad refinada de Aun Sarah. La prueba cierta no existe. Etwane recuerda a Sajarano y su incomprensible conducta.

Se crea un cuerpo de guerreros especiales: hombres que ya no usan collares. Éstos son los Valerosos Hombres Libres de Shant. Y Etwane quita también los collares de los cuellos de su equipo más cercano: claramente, ha terminado una época.

Finnerack toma el mando de los Valerosos Hombre Libres y también de los Voladores que hostigan a los roguskhoi desde planeadores armados. Los roguskhoi están ahora en retirada; el gran peligro para Shant ha pasado.

Etwane arma una trampa para el traidor: Aun Sarah parece ser culpable. Pero niega vigorosamente la acusación y en verdad demuestra su inocencia. ¿Entonces, quién?

Los roguskhoi se retiran hacia el Sur, a través del Gran pantano de Sal y dentro de Palasedra. Ebrio por la eficacia de sus guerreros, Finnerack insiste en expediciones de castigo contra los paladresanos, que ahora parecen ser los instigadores de la invasión roguskhoi.

Etwane, preocupado por su acusación incorrecta contra Aun Sarah, prohíbe absolutamente tales expediciones. Sin embargo ocurren. Los Duques-Águila de Palasedra amenazan con la guerra contra Shant. Niegan toda responsabilidad respecto a los roguskhoi y exigen que se les envíen emisarios a Palasedra, donde serán provistos de pruebas de sus afirmaciones.

Etwane, Finnerack y Mialambre vuelan a Palasedra, donde para el asombro de Etwane encuentra al terrestre Ifness, tan austero y reservado como siempre.

El Canciller de Palasedra no sólo niega toda responsabilidad sobre los roguskhoi, sino que afirma que éstos fueron llevados a Durdane por una nave espacial y desembarcados en un valle de Palasedra conocido como el Engh; y hacia allí se retiran ahora los roguskhoi.

Etwane, Ifness, Finnerack y Mialambre son transportados en planeador hasta el Engh, donde presencian una tre-

menda batalla entre los palasedranos y los roguskhoi. La inocencia de Palasedra queda demostrada; la guerra que la imprudencia de Finnerack casi provoca, ha sido evitada.

Unos pocos jefes roguskhoi quedan libres y vuelan hasta el Engh superior, donde les espera una nave espacial. Para asombro de los otros, Finnerack se aparta del grupo y procura embarcar en la nave espacial. Mialambre le reprocha su insana conducta; Finnerack se niega a explicar sus acciones; queda taciturno y se niega a hablar.

En la aldea Chemaoue de Palasedra se resuelven muchos misterios. Las autopistas hechas en cadáveres de los roguskhoi revelan que cada uno de ellos llevaba dentro de sí un *asutra*: una pequeña criatura parásita que actúa como orientador de su anfitrión. Los palasedranos han quitado esa criatura a Finnerack; por tal medio él fue empujado a actos de traición y de provocación. Etwane recuerda a Sajarano y su extraña conducta: también él debió de estar infectado.

La invasión de Shant, si es que eso fue, ha sido rechazada. Pero los misterios prosiguen. Una civilización capaz de construir y hacer volar naves espaciales debe ciertamente ser capaz de derrotar a los débiles ejércitos de Shant. ¿Por qué, entonces, los roguskhoi con sus armas primitivas?

Ifness tiende a explicar a los roguskhoi como un experimento en la guerra biológica, armas que se reproducen a sí mismas dentro de los cuerpos del enemigo. Si él tiene razón, la invasión de Shant ha sido un experimento casual, la fase preliminar de una campaña mayor, contra su adversario también mayor. ¿Quiénes? ¿El grupo de los mundos terrenales? ¿El universo del Hombre? A falta de información significativa, Ifness se niega a especular.

CAPÍTULO PRIMERO

Los roguskhoi y sus asutra dominantes habían sido expulsados de Shant. Castigados sobre el terreno por los Valerosos Hombres Libres, atormentados desde arriba por los Voladores de Shant, los roguskhoi se habían retirado al sur, a través del Gran Pantano de Sal, entrando en Palasedra. En un valle la horda había sido destruida, y sólo un puñado de jefes escaparon en una notable nave espacial de bronce rojo. Así la invasión de Shant había tenido su fin.

Para Gastel Etwane la victoria trajo sólo una alegría temporal, tras la cual cayó en un estado anímico triste e introspectivo. Se hizo consciente de su gran adversión hacia la responsabilidad y la actividad pública en general; llegó a maravillarse de haber funcionado tan bien como lo hizo. Al volver a Garwiy renunció al Consejo de los Hombres Púrpuras con una rapidez casi ofensiva; se convirtió en Gastel Etwane el músico; sólo eso. Y su espíritu se levantó; se sintió libre e íntegro. Durante dos días continuó ese ánimo. Después se disipó, cuando la pregunta *¿Y ahora qué?* no tuvo respuesta natural ni fácil.

En una nebulosa mañana de otoño, con los tres soles que se desplazan tras sus propios discos de blanco, de rosado y de celeste, Etwane caminó por la avenida Galias. Los árboles de cintas dibujaban bandas purpúreas y grises sobre su cabeza; detrás de él corría el río Jardeen en su viaje hacia el Sualle. Otra gente caminaba también por la avenida Galias, pero ninguno de ellos notó al hombre que hasta poco antes había regido sus vidas. Cuando era Anomo, fue necesario que Etwane evitara la notoriedad; no se hizo conspicuo en ningún acontecimiento. Se movió con toda economía, habló con una voz chata, no utilizó grandes gestos, todo lo cual mostraba una fuerza sombría y desproporcionada para su edad. Cuando Etwane se miraba al espe-

jo, a menudo sentía una discordancia entre su imagen, que era saturnina y hasta triste, con lo que sentía que era su propio yo: una persona atravesada por dudas, agitada por pasiones, capaz aquí y allá de alegrías irracionales; una persona muy sensible al encanto y la belleza, iluso por la espera de lo inconseguible. Así Etwane se contemplaba atribulado a sí mismo. Sólo cuando interpretaba música sentía converger sus partes incongruentes.

¿Ahora qué?

Hacía tiempo que había dado la respuesta por segura: volvería a formar parte del conjunto de Frolitz y los Verdosos Rosados-Negros-Azules. Ahora no estaba ya tan seguro, y se detuvo a contemplar las ramas de los árboles de cinta que flotaban sobre el río. La vieja música sonaba lejos en su mente, como un viejo que soplara desde su juventud.

Se apartó del río y continuó por la avenida, hasta que llegó a un edificio de tres pisos con vidrios negros y verdeazulados, más unas curvas que colgaban sobre la calle. Era la posada Fontenay lo que trajo a Etwane el recuerdo de Ifness, el terrestre, investigador del Instituto Histórico. Después de la destrucción de los roguskhoi, Ifness y él habían viajado en globo a través de Shant hasta Garwiy. Ifness llevaba una botella que contenía un asutra, extirpado al cadáver de un jefe roguskhoi. La criatura parecía un insecto grande, de unos veinticinco centímetros de largo y la mitad de grosor: un híbrido de hormiga y tarántula, mezclado con algo inimaginable. Seis brazos, cada uno de ellos terminado en tres apéndices, salían del torso. De un lado, globos de una quitina púrpura-marrón protegían el aparato óptico: tres bolas aceitosas y negras, en cavidades profundas rodeadas de pelo. Abajo temblaban los mecanismos de alimentación y un racimo de mandíbulas. Durante el viaje, Ifness golpeó ocasionalmente en el vidrio, ante lo cual el asutra sólo contestaba con un parpadeo de sus órganos ópticos. Etwane creyó que ese escrutinio era irritante; en algún lado dentro de ese torso estarían ocurriendo sutiles

procesos: el razonamiento o una operación equivalente, el odio o una sensación análoga.

Ifness se negó a especular sobre la naturaleza del asutra.

—Las suposiciones no tienen valor. Los hechos, tal como los conocemos, son ambiguos.

—Los asutra trataron de destruir a la gente de Shant —dijo Etwane—. ¿No es significativo?

Ifness se limitó a encogerse de hombros y miró a la distancia hacia el Cantón Sombrío. Salieron embarcados en un viento norte, saltando y ladeándose mientras el timón procuraba extraer lo mejor posible del *Conseil*, un aeróstato notoriamente inseguro.

Etwane intentó otra pregunta.

—Tú examinaste el asutra que quitaste a Sajarano. ¿Qué aprendiste?

Ifness habló con voz mesurada.

—El metabolismo del asutra es poco habitual y está más allá de mi capacidad de análisis. Parecen ser una forma congénitamente parasitaria de vida, a juzgar por el aparato digestivo. No les he descubierto ninguna disposición a comunicarse, o quizá estas criaturas utilizan un método demasiado sutil para mi comprensión. Les gusta el uso del papel y del lápiz y hacen nítidos dibujos geométricos, a veces de considerable complicación, pero no de sentido obvio. Muestran ingenio en la resolución de problemas y parecen ser a un mismo tiempo metódicos y pacientes.

—¿Cómo supiste todo eso? —preguntó Etwane.

—Inventé pruebas. El asunto se reduce a presentarles incitaciones.

—¿Como cuáles?

—La posibilidad de la libertad. Evitar la incomodidad.

Etwane, ligeramente disgustado, reflexionó en el asunto durante un periodo. Después preguntó:

—¿Qué piensas hacer? ¿Volver a la Tierra?

Ifness miró al cielo color lavanda, como si tomara nota de algún destino lejano.

—Confío en proseguir mis investigaciones; tengo mucho que ganar y poco que perder. Con igual certeza, encontraré el desaliento oficial. Mi jefe superior, Dasconetta, nada tiene para ganar y mucho para perder.

Curioso, pensó Etwane. ¿Esa era la forma en que andaban las cosas en la Tierra? El Instituto Histórico imponía una disciplina rigurosa a sus miembros, los que disfrutaban de un distanciamiento completo de los asuntos mundiales. Eso sabía de Ifness, de sus antecedentes y de su trabajo. Poca cosa, bien considerado.

El viaje prosiguió. Ifness leyó partes de *Los reinos del viejo Caraz*; Etwane se mantuvo en un austero silencio. El *Conseil* hizo todo el recorrido; los cantones Erevan, Maiy, Conduce, Jardeen y Rosa Salvaje pasaron por debajo y desaparecieron en la niebla otoñal. El valle del Jardeen se abría por delante, el Ushkadel se levantaba a ambos lados; el *Conseil* voló a través del Valle del Silencio y siguió hasta la Estación del Sur, bajo las torres imponentes de Garwiy.

El personal de la estación arrastró al *Conseil* hasta la plataforma; Ifness se incorporó y con una atenta inclinación de cabeza a Etwane cruzó la plaza.

Con una furia sardónica Etwane vio a aquella figura delgada que desaparecía entre la multitud. Claramente, Ifness procuraba evitar las relaciones, aun las más casuales. Ahora, dos días después, cruzando la avenida Galias, recordó a Ifness. Cruzó la avenida y entró en la posada Fontenay.

El cuarto diurno estaba silencioso; unas pocas figuras estaban sentadas aquí y allá, meditando sobre sus jarros. Etwane fue al mostrador, donde le atendió el mismo Fontenay.

—Bien, he aquí a Etwane el músico. Si usted y su *khitan* están buscando un sitio para actuar, no puede ser. Aquí Master Hesselrode y sus Scarlet Mauve Whitters ocupan el